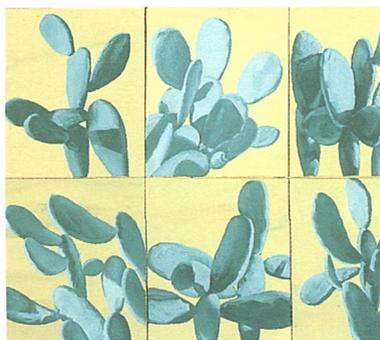


NEXUS CANARIAS

S.T., 1995. Técnica mixta / tela. 46 x 37 cm., c/u.



Pérez Navarro: Amarillo

CARLOS DÍAZ-BERTRANA

De la oscuridad a la luz, esa parece ser la evolución simbólica de la pintura de Pérez Navarro. En su anterior exposición en Las Palmas (La Regenta, 1991) predominaban los colores grises y las entonaciones mustias, ahora un amarillo incandescente baña el espacio pictórico. El escenario, antes apagado, se ilumina; vemos con mayor nitidez lo de siempre, la sustancia de su poética: la búsqueda de la sencillez y el placer, asediada por el vacío y la soledad del ser.

Es un artista conciso, le bastan pocos elementos para organizar su discurso: unas tuneras, unas pencas, un tronco de árbol y, a lo lejos, una difuminada montaña que nos habla del Extremo Oriente y de la poesía muda que es su pintura. El resto es desierto y mar amarillo. Despejada la bruma, los motivos se muestran aislados, son metáforas de la incomunicación y de la imposibilidad de conocerse de los humanos. Cada uno contempla su propia soledad, flota extraviado en el misterio de la existencia. La luz que los contornea no aclara su esencia; creo que fue Jean Giono el que escribió: cuando los misterios son muy astutos, se ocultan en la luz.

Pérez Navarro expone con claridad unas pocas y eternas ideas, no pretende ofrecer respuestas; lo que desea es hacernos partícipes de

sus preguntas. Para ello se vale de la seducción de la buena pintura, coloca las manchas de color en el sitio justo, resuelve con virtuosismo los problemas formales, y mientras indaga crea belleza. La imaginación viaja acompañada del talento; el pensamiento se materializa y podemos compartirlo, criticarlo o disfrutarlo. El resultado es el puñado de buenos cuadros que presentó en la Galería Manuel Ojeda. Inspirados en la naturaleza y en sus reinos, vegetal y mineral. Interpretado por el animal que es el artista y somos nosotros. La naturaleza que pinta no es retiniana sino mental, o, por decirlo con palabras de Picasso: yo pinto las rosas no como las veo sino como las pienso. Los elementos y las formas que toma de la naturaleza Pérez Navarro están al servicio de su poética, no elude el que sean verosímiles, pero lo que interesa es su utilidad plástica. Su función es más constructiva que evocadora. En otro texto sobre este artista he señalado que sus colores y formas naturales son desvirtuadas según las necesidades constructivas del espacio pictórico. El objetivo del artista es dominar el espacio y los elementos que lo ocupan están subordinados a este fin. En ese sentido es una obra constructiva que no se ha anclado en la geometría.

En el *Talmud* se lee que la palabra es de plata y el silencio de

S.T., 1995.
Técnica mixta / tela.
200 x 230 cm.



oro. El color del oro es el amarillo y es éste el color preferido de nuestro artista en esta serie. Un sudor amarillo anega el cuadro y lo sumerge en el silencio. La escena aparece inmóvil, suspendida fuera del tiempo e ingravida. Las formas callan, extasiadas en la luz de un desierto congelado.

Estos cuadros son, además, una interpretación moderna de la naturaleza canaria que no pone el énfasis en la semejanza. El paisaje sen-



tido como un espacio de experimentación plástica. En una atmósfera límpida donde puede reconocerse la luz insular que también deslumbró a Oramas, Pérez Navarro dispone una montaña evanescente, unos pocos objetos y grandes vacíos. Motivos que, ciegos de luz, deambulan por un espacio enigmático y calmo, donde la ausencia de la figura humana y de la línea de horizonte acreditan la soledad del ser y la sensación de lo infinito.

Y, aparte, pero participando del mismo discurso, la serie de las tuneras solas. Pintadas de azul, se despliegan sobre la superficie amarilla y nos recuerdan "la quieta eternidad del instante", las múltiples caras de la soledad y la sensualidad de la belleza desnuda. Formas dispuestas arbitrariamente que reflejan u ocultan la luz y ocupan la composición, pero no impiden que por sus intersticios se cuele el vacío. En la luz también hay sombras y desolación, el deseo es la máscara del hastío. Detrás de cada certeza nos aguarda una incertidumbre, después de un cuadro "definitivo" hay que hacer otro, seguir adelante como el camino del Tao que no lleva a ningún sitio, o el eterno retorno de Nietzsche. Según Aristóteles, lo que tenemos que aprender lo aprendemos haciendo. Fuera de la acción todo es soledad.

S.T., 1995. Técnica mixta / tela. 200 x 200 cm.